

Arnoldo Palacios

PerspectivasAfro
Universidad de Cartagena - Colombia

ACCESO ABIERTO



El Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia declaró el 2024 como el año del escritor Arnoldo Palacios, considerando que se cumplen 100 años de su nacimiento en Cértegui, Chocó, el 20 de enero de 1924.

Después de trasladarse en 1949 a París con una beca de estudios, vivir en diferentes países de Europa Central por cuestiones políticas y pasar gran parte de su vida en Francia con su esposa Beatrice y sus cuatro hijos, Arnoldo Palacios retornó a Colombia y falleció en Bogotá el 12 de noviembre de 2015.

En todo ese tiempo, además de numerosos artículos y columnas en revistas y periódicos, publicó *Las estrellas son negras* (1949), *La selva y la lluvia* (1959) y *Les mamelles du Choco* (1989), traducido al español como *Buscando a mi madredeños*.

Nuestra manera de homenajear al escritor en su centenario es reproduciendo su propia voz a través de un cuento muy poco conocido: "Entre nos, hermano", publicado en *Antología del cuento colombiano*, compilado por J. J. Fajardo, J. J. y publicado en 1967 por Ediciones Faro, de Bogotá.

Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2024. PerspectivasAfro. Este es un documento de Palabras y de Imágenes de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

ENTRE NOS, HERMANO

Arnoldo Palacios

El pintor con su ancha sonrisa, carcajadas mismas, bullicioso, y, no obstante vivir en las afueras de la ciudad y con la pereza que le producía el caminar un kilómetro a pie, luego de tomar un bus para bajarse a tomar el metro en dirección de París, se presentó él también al CENTRO INTELECTUAL COLOR-MAN, en embrión.

Iban los miembros a comenzar su coloquio. Cada quien se sentó. A menudo éste tomaba la palabra; el vecino se la arrebatava de la boca, antes de terminar el hilo de su pensamiento; aquél fumaba sin tregua, sacudiendo la ceniza en el piso. Sólo el Doctor Hipólito Dieudonné dado al trajín de la corrección total en las Embajadas, sólo él, aquí ahora, entre esos negros, mulatos, uno que otro blanco, intentaba ser ejemplo de cuándo había de tomarse la palabra, escuchar al interlocutor, o —llegado el caso—, destrozando los argumentos del contrincante, eso sí, en un lenguaje a la altura de su rango.

El pintor lo miraba: quería retener bien ese rostro cuasi infantil; lo característico de esa mirada del Doctor residía en sus ojitos inocentes. Pero, ¡cuándo le iba a hacer el retrato! A veces, en su taller, había empuñado el lápiz, trazando un croquis e incluso preparado la tela y el pincel.

Sin embargo, sería mejor que el Doctor se decidiera ir, y posar. Claro está, ocupado, como se mantenía el Embajador, el pintor no deseaba molestarlo; encima de eso, hacerlo ir hasta su taller...

Físico de profesión, el Doctor Hipólito Dieudonné, no era indiferente a la política, por lo cual había entrado en la diplomacia, después de ser ministro, senador líder, de un partido político. Aficionado a la etnología, en estos instantes abandonaba la Embajada, para consagrarse a trabajos atómicos.

¿Qué lo había empujado, entonces, a la política? El hombre de color debería alcanzar una tal estatura intelectual, capaz de permitirle limpiar el tizne de la piel y confundirse con el blanco. Pero, a solas, el Doctor Dieudonné, a ratos, se torturaba: por más que se bañase con el mejor de los jabones se quedaría negro.

La reunión se clausuró. “¡Gracias a Dios!”, exhaló el pintor.

“Doctor —le propone—, quería hablarle aparte entre nos”. Seguro, deseaba preguntarle cuando iría a su taller.

“A propósito, ahora que me dice entre nos, le voy a contar una anécdota”:

“... Embajador de mi país, me encontraba yo en los Estados Unidos. Me tocó hacer un viaje en tren. Pues bien, en mi calidad de diplomático, se me preparó todo, maletas, automóvil que me condujese a la estación, billetes de primera clase..., para qué alargar la historia. Usted sabe...”

“Ya dentro, eché un vistazo a lo largo y ancho del vagón: puros blancos, yo el único negro. Pero, no le concedí importancia al hecho. Me arrellané en mi asiento; intenté abrir un periódico, más la fuerza emanada de aquel paisaje rodante, de cada piedra, de cada construcción..., todo gigantesco..., me atraía, me aterraba de admiración...”

“... A mi lado, me pareció que un blanco retiró, brusco, su codo, del brazo del asiento, al sentir el mío”.

Le pedí excusas, creyendo haberlo molestado, involuntariamente. Él no me miró, ni respondió con el menor murmullo siquiera. A semejante pequeñez tampoco le di importancia.

En el recinto del vagón hacía un calor de los demonios, a pesar de tratarse sin duda de aire acondicionado. Por la ventanilla, turbia de humo de pipas, cigarrillos, vapor de respiración, la tierra se sentía casi impía bajo el frío.

Las chimeneas vomitaban su humareda aplastante, serena. ¿Cuántos automóviles sacarán? ¡Produce tantas, tantas toneladas de acero! ¡Qué coloso!

Cual níveas nubes blancas desmoronadas, la nieve contorneaba las residencias, se volaba de los techos con el viento, plateaba las colinas. Las heladas ponían un filo de navaja en los bordes de las ramas, desnudas ya desde hacía marras, desde el otoño.

El Doctor Dieudonné saca su cigarrillo de plata:

“¿Fuma?”—ofrece al pintor—.

El pintor, sin dejar de mirar al doctor Hipólito Dieudonné, a tientas busca una caja de fósforos en los bolsillos.

El Doctor Dieudonné rastrilla su mechero. Se mete un cigarro a la boca.

“Decía —reanuda su relato —, bueno..., digo que el tren seguía andando... Aparece el conductor; un movimiento, un unánime estirarse y encogerse de brazos, un suave murmullo erizó el ambiente. Yo también meto la mano a mi cartera y extraigo mi billete. Lo examino minuciosamente, no sea que un error de esos que suelen a veces amargar la vida sin motivo, se haya intercalado. No, nada: primera clase. Perfecto. Me entregué a admirar la ruta norteamericana, palpando el billete.

“¡Vos!” —se oye un grito seco—.

“... Discreto, miré a ver qué pasaba en ese vagón de gente bien. Con el rabo del ojo, veo frente a mí al conductor; pero, nada de extraordinario a mi alrededor. ¿Qué habrá sido? —me pregunto para mis adentros, estirándole mi billete al empleado de ferrocarril...”

“¡Contigo!”

“... Y veo al tipo acercárseme a mí. Me arrebató el pasaje, y, sin darme tiempo de resollar, me atrapa del cuello, por la nuca, me empuja a rodillazos, abre la primera portezuela, botándome al primer vagón que encuentra, uno de carga para colmo...”

Dos cordoncillos de humo se desprenden de los cigarrillos del doctor y el pintor, consumiéndose.

“... ¡Hacia un frío que taladraba los huesos allí en ese vagón del carajo! Ni dónde sentarme, ni mucho menos dónde pegar los párpados. Pensé en que he debido enfrentármele, pelear, hacerme linchar. Pero, tal vez haya sido debilidad mía, a causa de mantenerme en este mundo diplomático de señoritos... No. Fue, más bien, que el conductor no me dio tiempo de decir esta boca es mía. Me sentí abatido, le juro, y los ojos se me encharcaron, allí frente a mi mismo”.

“... En esas, un negrote robusto, con una mirada de niño, un negro de aquellos que trabajan en los vagones de carga, surge y se me viene, sonriente: aquí es así —me dice— ...; no es nada, hermano; tranquilízate; de todas maneras no te irá mal... El negro aquél comenzó a arrastrar cajones monumentales, repletos de quién sabe qué, los ponía boca-abajo, boca-arriba, hasta constituir una especie de lecho. Encima puso un poco de paja, recubierta de periódicos; con cajetas de cartón me inventó una almohada como pudo, y me ofreció un viejo abrigo, de mangas ya un poco comidas, falto de botones. Yo te daré de comer, no será gran cosa, pero no te morirás de hambre —me alentó—”.

“En fin, ya todo listo, mi negro se me sienta al lado. Presa de una desconfianza escalofriante, él para las orejas, escruta a diestra y siniestra, pensativo. Fuera de nosotros dos, a nadie más vimos”. Me dice al oído:

“Ahora que estamos aquí, entre nos, dime la verdad a mí, tu hermano: ¿dónde te robaste ese billete de tren, eh?”.